



100

AÑOS

Danzando con el Diablo

TIJARAFE



1000

AÑOS

Danzando con el Diablo

TIJARAFE

100 años danzando con el diablo, Tijarafe

1ª Edición Septiembre, 2023

Edición Ayuntamiento de Tijarafe
Texto Leticia Rocha Pérez
Fotografía Emilio Barrionuevo
Diseño gráfico Xavier Roca Gutiérrez
Impresión Imprenta Reyes, Tenerife

Depósito Legal TF 790-2023

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en toda ni en parte, ni registrada por ningún sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo y por escrito del editor.

ORGANIZA



COLABORA



Estimado lector, tiene entre sus manos un trabajo bibliográfico donde, posiblemente, lo menos importante sean las palabras (en especial éstas que tan amable y pacientemente se detiene a leer). Lo verdaderamente sustancial del mismo son las escenas tan brillantemente recogidas por un portentoso artista de la fotografía como lo es, sin duda, Emilio Barrionuevo. A través de su objetivo, este creador palmero trata de alcanzar el más difícil todavía, capturar la esencia de algo intangible, de una fiesta, pero no de una fiesta cualquiera.

La Danza del Diablo es, por derecho propio, santo y seña de todo un pueblo: Tijarafe. Es, con el permiso y la misericordia de Nuestra Señora de Candelaria, Patrona y Alcaldesa Honoraria y Perpetua de nuestro municipio, nuestro más reconocido embajador más allá de los riscos de El Time e incluso más allá de nuestras insulares fronteras de espuma.

No en balde y no sin merecimiento pleno, ha sido una de las primeras manifestaciones festivas de Canarias catalogadas como Bien de Interés Cultural y Fiesta de Interés Turístico regional.

Pero por si aún fuera poco, además, estamos de celebración. Nuestro vetusto y bailarín Diablo cumple nada menos que 100 años. Era, por tanto, una obligación y un deber para la primera institución local, tratar de immortalizar para el futuro esta efemérides y fruto de ese compromiso, de los impagables testimonios de algunos de sus protagonistas y del buen hacer de su autor, surge esta obra.

Aún con todo, a sabiendas que es materialmente imposible recoger en algo material algo que no lo es, considere esta publicación una invitación formal a vivir entre nosotros esta centenaria y chispeante tradición viva.

¡Nos vemos en el Diablo!

Marcos Lorenzo Martín
Alcalde de Tijarafe

“Tirirí tirirí tití...” esta es la melodía con la que nos despertamos cada 7 de septiembre en el municipio de Tijarafe. Nervios, expectación y emoción son las palabras que describen los sentimientos que manifiestan todos los vecinos y vecinas a lo largo de este día.

Para Tijarafe, el año no acaba el 31 de diciembre, finaliza la madrugada del 7 al 8 de septiembre cuando nuestro más reconocido embajador y su corte se despiden, con permiso de Nuestra Patrona, de las miles de personas que se encuentran en la Plaza, escenario de un número festivo que va más allá de lo que allí se representa: tradición, historia y, sobre todo, la identidad de un pueblo.

Resumir cien años de amor por lo nuestro no es cuestión baladí. El profesional, autor de este trabajo, junto a su equipo, al que no podemos dejar de felicitar, ha sabido recoger de manera excepcional a través de imágenes, relatos y testimonios la esencia de esta centenaria tradición y su sentir en nuestra gente.

“La Danza del Diablo” supone uno de los eventos más significativos de nuestro calendario festivo y aúna, en torno a él, todo un movimiento socioeconómico y cultural, que va más allá de nuestras fronteras. Está declarada Bien de Interés Cultural (BIC) desde el año 2007 y Fiesta de Interés Turístico Regional desde el año 2011, reconocimientos que vienen a poner en valor, no sólo la cultura insular, sino también la cultura del pueblo canario y de una sociedad que supo adaptarse a las diferentes circunstancias que se han dado a lo largo de este siglo de trayectoria.

Nos resulta difícil describir en tan pocas palabras lo que supone este acto festivo. Pero creemos que, a lo largo de estas páginas, podrán llegar a percibir parte del significado de La Danza del Diablo y de lo que representa para nuestro pueblo.

No nos queda más que invitarles a Tijarafe cada 7 de septiembre y compartir con nosotros la celebración de una tradición que, esperemos, vaya más allá de estos cien años.

¡Ya empieza a oler a pólvora!
¡Nos vemos en la Plaza!

Diana Lorenzo Brito
y Aitor Rodríguez Pérez
Concejalía de Cultura
Ayuntamiento de Tijarafe



Emilia Gómez Rodríguez 89 años

Emilia se crió, junto con sus seis hermanas, trabajando en el campo y no fue hasta que cumplió los suficientes años cuando vio la Danza del Diablo por primera vez, porque “era pequeña y no me traían”. Sobre esta tradición comenta que era “muy diferente a lo que es hoy”, incluso, el lugar donde danzaba El Diablo difería un poco del actual, porque la plaza de Nuestra Señora de Candelaria no tenía baldosas, sino tierra, y el granero aún ocupaba su lugar.

Ella, por su parte, por miedo a terminar la fiesta con alguna quemadura, se colocaba en Las Cruces, desde donde todavía hoy muchas personas son testigos del danzar del maligno. Pese a esos temores, repetía años tras años, sin faltar a la cita con una fiesta que ella misma califica de “muy bonita”. “Es la fiesta mayor de Tijarafe, reúne a mucha gente”, cuenta Emilia, a la vez que rememora aquellos años en los que la orquesta Bolero acompañaba con su música primero a la corte de gigantes y cabezudos y, minutos después, al Diablo.





Isidoro José Manuel Acosta Rocha 84 años

Isidoro vio por primera vez la Danza del Diablo cuando tenía unos 14 años. Durante su juventud, esperaba por los alrededores del antiguo ayuntamiento y cuando salían los gigantes y cabezudos los acompañaba hasta la plaza. Ya allí, bailaba junto a ellos, hasta que se sumaba El Diablo, que, por cierto, “por aquellos años no era nada seguro”.

Recuerda que lo corría un muchachito llamado Neno, “le daban fuego a una mecha, corría El Diablo, le daban fuego a otra mecha y volvía a correr”. En una de esas repeticiones, recuerda Isidoro, “cuando disparó la cabeza, el impacto lo botó al suelo -de tierra-, lo recogimos y vimos que tenía sangre en la cabeza, pero no era de la explosión, sino de un corte que se había hecho en la oreja”. Aún así, fue un gran susto.

Esa “peligrosidad” de la Danza del Diablo también la vivió cuando ya más mayor se encontraba de guardia con la cuba de agua, por si alguna chispa de fuego provocaba algún incendio. “El Diablo empezó a tirar fuego y la gente comenzó a correr calle abajo, peleando y con quemaduras”. Por aquellos años, el número de personas con alguna herida por el fuego era mayor, “la gente quería verlo de cerca”, cuenta Isidoro, quien también se aproximaba bastante al Diablo, pero según fue cumpliendo años “ya no me pillaban en la plaza”.









Julia Botín Rodríguez 85 años

Julia recuerda con especial cariño la primera vez que vio la Danza del Diablo. Su madre y su abuela, trabajadoras de una cantina que se instalaba con motivo de las fiestas, la llevaron por primera vez cuando era tan solo una niña. Sin embargo, la pequeña Julia al ver entrar en la plaza una figura de caña y saco, pintada absolutamente de negro, salió corriendo, presa del miedo, y se escondió debajo de la falda de su abuela.

No volvió a verlo hasta que fue más mayor, aunque, eso sí, viéndolo siempre desde la distancia de Las Cruces. Ese temor que comenzó cuando era apenas una niña, siguió sintiéndolo incluso cuando acudía a la fiesta con su marido. “Yo nunca corrí El Diablo, pero mi marido sí. Un año le quemó los calcetines”, recuerda Julia. Sin embargo, ese “respeto” que siempre ha sentido por él no le impidió disfrutar de una fiesta de la que regresaban con “los claros del día”, cruzando cantando animadamente el barranco Jurado.









María Nieves Rocha Sánchez 83 años

La primera vez que María Nieves vio El Diablo tenía unos 9 o 10 años, acompañada de sus padres porque “solo me dejaban venir con ellos”. A los 15 años se casó y a partir de ese momento, comenzó a asistir a la fiesta junto a su marido, con el que compartía también su amor por la música y el baile. Recuerda cómo se agarraba a su cuello cuando, subida a los muros de la plaza, veía llegar al Diablo, al que le tenía miedo y respeto.

Una vez el maligno se despedía, María Nieves y su marido volvían a bailar, como lo habían hecho previamente, durante toda la noche. A día de hoy, ya hace algunos años que no acude a la fiesta, concretamente desde que su marido falleció. Sin embargo, confiesa que le sigue gustando mucho la Danza del Diablo y, como buena amante de la música, continúa recordando aquellos años en los que las canciones de orquestas como La Bolero retumbaban en una plaza repleta de gente que esperaba ansiosa la llegada del Diablo.









María Nieves Rodríguez Gómez 68 años

María Nieves vio El Diablo por primera vez cuando tenía unos 10 años. Recuerda verlo bailar en la plaza -mucho más pequeña que en la actualidad-, donde “no había casi nadie”. Aunque siempre había espacio para que bailara acompañado de los gigantes y cabezudos, al son de las canciones de la orquesta Bolero. Por aquellos años era “más peligroso”, tanto es así que María Nieves nunca lo bailó, siempre lo vio “de lejos”.

Ahora, aunque puede quemar, el fuego no es como “los voladores de antes”. No volvería a asistir a la fiesta hasta mucho tiempo después, ya que durante su infancia estuvo interna en un colegio y, cuando finalizó su educación, “había que trabajar”. Hace tan solo un par de años volvió a verlo bailar, esta vez, acompañada de su primo.







María Nieves Rocha Acosta 82 años

María Nieves recuerda nítidamente una Danza del Diablo en concreto. Había acudido a la fiesta con su marido y su hija de 9 años y, como muchas otras personas, se colocaron junto a Las Cruces para ver al Diablo bailar, con tan mala suerte que uno de los tantos voladores que retumbaban esa noche en el cielo tijerafero, cayó en su pecho y la quemó.

También cuenta que “siempre ha asistido mucha gente”, tanto es así que en otra ocasión en la que volvió a asistir con su hija, ya mayor, el tumulto “casi nos asfixia en los escalones de la plaza”. Se trata de una fiesta en la que “hay mucha bulla, mucho estruendo”. Rememora aquellos momentos en los que El Diablo se acercaba a la gente que bailaba en la plaza, arrinconándola, “¡era el demonio!”, cuenta, pues en aquellos años tenía mucha menos protección y la plaza también era más pequeña.







Luisa Martín Santos 87 años

Luisa ha asistido al Diablo una sola vez. Estaba en la plaza con una de sus hijas y el Diablo, que en aquel entonces era de cañas y mucho más peligroso que ahora, explotó y le quemó la ropa y un poco el pelo. No volvió a ir porque “le cogí miedo”. Durante su juventud apenas salió de fiesta porque “a mi padre no le gustaba que fuera a los bailes”. Tanto es así que nunca ha bailado, pese a que a su marido sí le gustaba, ella nunca llegó a aprender.









Pilar Díaz Rocha 81 años

El hecho de que Pilar apenas viera El Diablo en su infancia se debía, por un lado, a que su padre no la dejaba asistir a bailes y, por otro lado, a la “lejanía” entre barrios, ya que la fiesta se hacía en El Pueblo y ella era de Tinizara. Además, los voladores le daban miedo porque “los tiraban y el cielo quedaba todo rojo”.

El mismo temor sentía por el fuego que salía del almacón: “salía una chispa, comenzaba a correr y parecía que la chispa iba detrás de mí”. Aunque Pilar no disfrutó mucho de esta tradición, primero por las prohibiciones de la infancia y después porque emigró a Inglaterra, lo cierto es que le gustaba la música y los bailes, tanto es así que la llamaban “bailarina”. De aquellos años recuerda, sobre todo, los bailes en la casa de Miguel, en Tinizara. “Todos esperábamos a que hubiera una fiesta para divertirnos un poco”.









Rafael Rodríguez Luis 82 años

Rafael asistió por primera vez a la Danza del Diablo cuando era un muchacho. “Eso era una fiesta tremenda”, recuerda, “empezaban a decir que El Diablo iba a salir, entraba por la calle que va a dar a la plaza y empezaba la orquesta a tocar”. De aquellos años cuenta que El Diablo -de caña, sacos y pintado de negro- lo corría Nicolás.

Respecto a los asistentes, venían caminando desde los diferentes barrios, una vez en El Pueblo, se cambiaban las alpargatas por otros zapatos que reservaban para las fiestas.



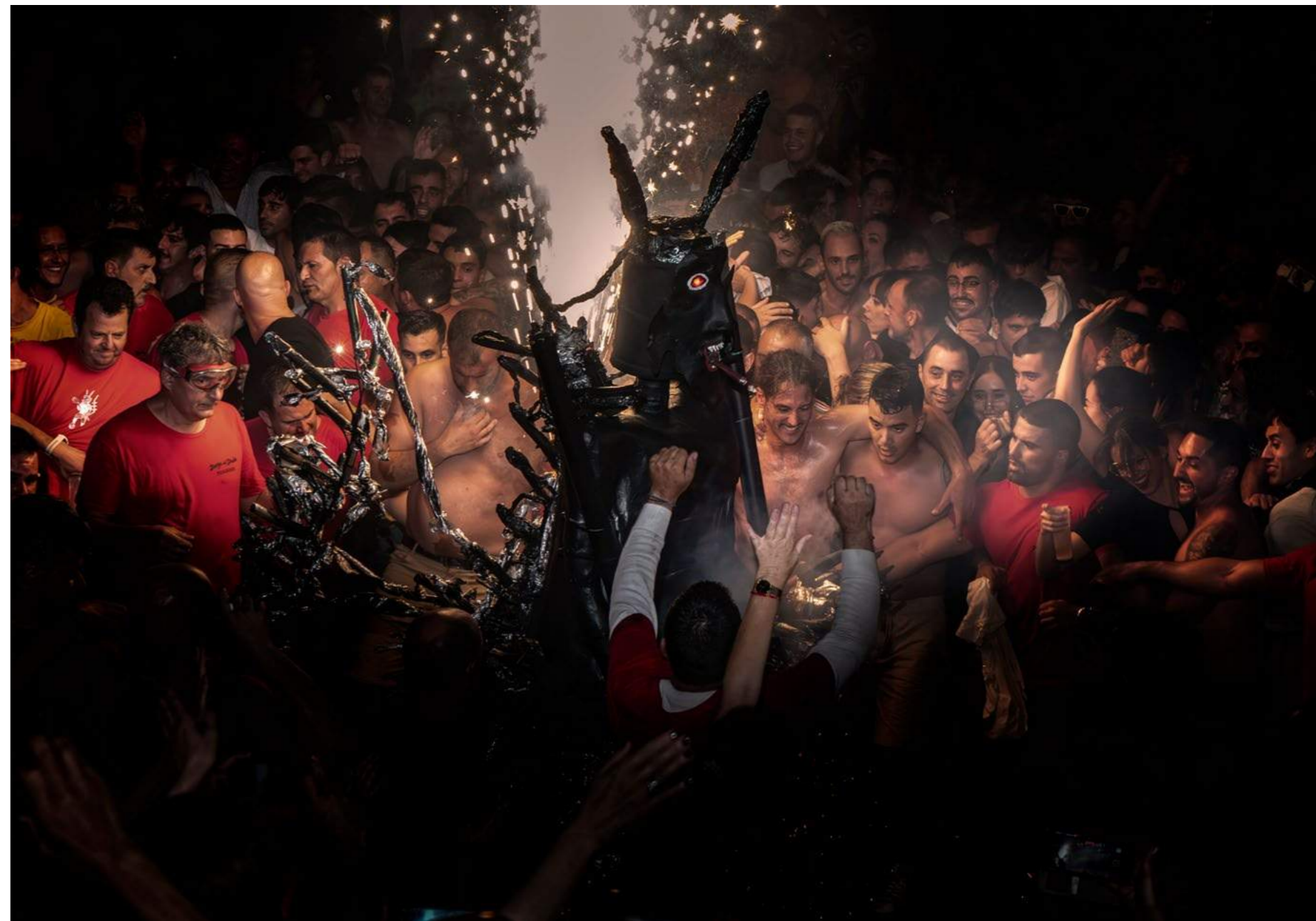




María Barreto Rodríguez (Rosa) 80 años

María tuvo que esperar muchos años para poder disfrutar del Diablo. Concretamente, tenía más de 50 años cuando lo vio por primera vez, desde la azotea del antiguo ayuntamiento. Previamente, solo asistió al Diablo cuando tenía 16 años, pero “había mucha gente y no nos dejaban bailar”. Por aquellos años, la plaza era de tierra y aún estaba el granero. De sus años de juventud recuerda que se divertían con muy poco porque “estábamos el día entero trabajando” y ya por la noche “con un laúd y una botella hacíamos una parranda”. María fue criada por personas mayores, su madre se iba a trabajar y pasaba tiempo sin verla, por eso “no iba a muchas fiestas”.







Tomasa Rodríguez Botín 66 años

Tomasa vio El Diablo por primera vez cuando tenía 15 años. En esa época asistía a la fiesta con su madre. Ambas permanecían en la plaza hasta que anunciaban la llegada del maligno, que, como cuenta, lo corría Nicolás. Aunque antes tenía menos fuego que ahora y asistía menos gente, muchos eran los que lo temían. En concreto, Tomasa nunca lo ha visto desde la plaza, sino desde la distancia, optando por quedarse en los aledaños o en las azoteas de vecinos cercanos al lugar en el que El Diablo, acompañado de gigantes y cabezudos, danza hasta quedar derrotado.







Marcos Lorenzo Martín 46 años

La casa familiar de Marcos está muy cerca de la plaza de Nuestra Señora de Candelaria, de ahí que sus primeros recuerdos de esta tradición sean despertando en mitad de la noche para ver El Diablo a través de la ventana. “Me parecía que duraba mucho tiempo, obviamente no estaba viéndolo desde dentro, que se te pasa volando”, cuenta.

Las primeras incursiones en la plaza fueron a los 12 o 13 años, teniendo que abandonarla justamente antes de que saliera El Diablo, hasta que ya con cierta edad sus padres le permitieron quedarse para bailar junto a él. Si algo caracterizaba a la fiesta de aquellos años eran las vallas -primero de madera y luego de metal- que se instalaban alrededor de la plaza para cerrarla. Esta particularidad permitía saber cuándo iba a aparecer el maligno, porque las entradas del sur y del norte de la plaza se retiraban para que gigantes, cabezudos e, inmediatamente, el propio Diablo, salieran a bailar.

En aquellos días de fiestas, Marcos, al igual que otros muchos niños, se divertía con pequeños petardos que iba tirando de uno en uno para que duraran más. También vienen a su mente los ventorrillos, los pequeños juguetes que vendían los feriantes y la tómbola parroquial. Más que asistir a la fiesta, reconoce, “eran momentos para encontrarte con un montón de amigos y jugar en el entorno de la plaza, que por unos días se convertía en el patio de juegos de los más pequeños”. Muchos de esos niños y niñas son los que ahora regresan los días previos a la Danza del Diablo para disfrutar de la fiesta y reencontrarse con los suyos.

Sobre la música que acompaña al Diablo, Marcos indica que en un primer momento se acompañaba la danza con un popurrí muy dinámico de

pequeñas canciones antiguas encadenadas, lo que se conoce como las raspas. Sin embargo, la orquesta Bolero adaptó una canción muy conocida en su momento y le puso una letra vinculada con El Diablo. Con los años, se ha convertido en todo un emblema, pero sin olvidar esa parte musical más tradicional que son las raspas.

Al hablar de esta fiesta, Marcos no puede dejar de mencionar a José Luis Lorenzo Barreto, un hijo de Tijarafe que falleció a una edad muy temprana, y, sin embargo, durante toda su vida procuró salvaguardar las tradiciones del municipio. Con una sensibilidad por la cultura, se movió en muchos ámbitos, pero en relación con este número su gran aportación fue defender la relación del Diablo con la Virgen, que no se entendiera una cosa sin la otra y vincularlo con esa lucha entre el bien y el mal. El Diablo tiene un aspecto burlesco, tanto es así que lleva un puro, un belgo e, incluso, a finales de la década de los 50 se le llegó a poner un fajín de campeón haciendo alusión al triunfo del tijarafero Laureano Castro como máximo luchador de La Palma. “En Tijarafe nos divertimos con El Diablo y nos burlamos de él en cierto modo”, indica, porque por encima de todo se pone siempre a la Virgen. Al día siguiente se celebra el Día de Candelaria y este binomio -Virgen y Diablo- es importante explicarlo porque a veces nos quedamos solo con la parte chispeante y llamativa de la fiesta, pero no tiene sentido sin esa lucha entre el bien y el mal, que es visible también en la reverencia que realiza frente a la iglesia, tanto a su llegada como a la salida de la plaza, una vez es derrotado. Darle ese trasfondo más profundo para que se entendiera que es un acto dentro de una fiesta más global en honor a Nuestra Señora de Candelaria se lo debemos a José Luis Lorenzo Barreto.





José Policarpo Martín Cruz 42 años

Fue en el año 1992 cuando José Policarpo, un muchacho de apenas 11 años en aquel tiempo, se quedó por primera vez en la plaza de Nuestra Señora de Candelaria para ver El Diablo, eso sí, desde el escenario, porque “todavía no me atrevía a meterme entre la gente”. Sin embargo, ese temor le duró relativamente poco tiempo, porque un año después, ya bailó junto a él en la plaza.

José Policarpo, además de evocar los recuerdos de sus primeras veces danzando con El Diablo, como historiador y cronista oficial del municipio, aporta datos muy reveladores y enriquecedores sobre los orígenes de la Danza del Diablo. Así, sitúa el inicio de esta tradición en una fiesta de cruz, en el marco de la cual se confeccionó un machango para un acto único en 1923. Respecto a la fecha de celebración, José Policarpo apunta que el 6 de septiembre se celebraba la romería de San Amaro en Puntagorda a la que acudía gente de toda la isla, tanto por mar como por tierra. A la vuelta, el 7 de septiembre, paraban en Tijarafe para celebrar La Candelaria y el 8 marchaban. Por el motivo que fuera, El Diablo gustó y se volvió a hacer. Incluso, los romeros llegaron a amenazar con no hacer su parada en Tijarafe el 7 de septiembre si no había Diablo.

Antiguamente llevaba voladores sin rabo amarrados con alambres, por lo tanto el fuego no tenía control, lo que hacía que la gente le tuviera más respeto y no se acercaran tanto, por lo que no era necesario crear un cordón para protegerlo. Sin embargo, esto cambió. A partir de las décadas de los 50 y 60, con la apertura de la carretera y la disponibilidad de más medios de transporte, la fiesta comenzó a masificarse, a lo que

hay que sumar que en los 80 “se pusiera de moda” empujar al Diablo y hacerle zancadillas. Incluso, un año tiraron a Neno, el encargado de llevarlo en esos momentos. Además, justo el año que José Policarpo bailó El Diablo por primera vez, en 1993, la Pirotecnia Hermanos Toste comenzó a minarlo con el llamado “fuego frío”, lo que también hizo que muchas personas perdieran el miedo a ser quemadas. Esta sucesión de acontecimientos llevó a establecer un cordón de seguridad para El Diablo, así como para los gigantes y los cabezudos.

Pero la vinculación de José Policarpo con esta tradición va más allá del estudio y la investigación, desde que era un niño siempre ha oído hablar del Diablo en su familia, porque es nieto de Orocio Martín, que junto a Pepe Brito y Pedro Álvarez, fueron los tres mayordomos de la fiesta de cruz que lo inventaron. Además de hijo de Lorenzo Martín, que bailó uno de los gigantes durante unos años y sobrino de Primo Cruz, que fue uno de los hombres que bailó El Diablo.

Tanto él como el resto de tijaraferos son conscientes de lo que tienen entre manos, aún más después de vivir una pandemia. A lo largo de estos 100 años, solo la Guerra Civil, un accidente múltiple en 1968, donde entre los fallecidos estaba el alcalde de ese momento, un incendio a principios de la década de los 2000 y el COVID-19 han dejado al Diablo sin salir. “Nos hemos sentido desvalidos sin él, no por no haber tenido fiesta, sino por el hecho de que no tenemos el referente cronológico, porque nuestro año no empieza el 1 de enero, sino el 8 de septiembre”.









100 AÑOS

Danzando con el Diablo

TIJARAFE

ORGANIZA



COLABORA

